

La escena moderna

Manifiestos y textos sobre teatro de la época de las vanguardias

Edición de José A. Sánchez

Vivimos en un país con una falta alarmante de memoria histórica. Muchos acontecimientos que aún deberían marcar determinadas reflexiones en nuestra dramaturgia actual, misteriosamente han sido relegados de esas escrituras contemporáneas y, muchas veces, son sustituidas por temas intrascendentes, pero de “rabiosa actualidad”.

Otro tanto ocurre con el territorio de la teoría y análisis de las prácticas teatrales. De vez en cuando, aparecen escritos firmados por emergentes profesionales de la escena que se empeñan en descubrir la pólvora, y ni siquiera tienen la mala fe del plagio —o el creador intertextual—, sino la ignorancia del necio que niega que toda renovación comienza con el conocimiento de la tradición.

El siglo XX fue, sin duda, para las Artes Escénicas un territorio de búsquedas, de rupturas, de investigaciones, aunque lógicamente en estos espacios siempre ha habido muchas luces y muchas sombras.

El profesor José A. Sánchez, desde su actividad en la Facultad de Bellas Artes de Cuenca, o desde su comprometida vinculación a ciclos de escena experimental tales como “Desviaciones”, nos tiene acostumbrados al desarrollo de un trabajo teórico lleno de rigor y, sobre todo, de esclarecimiento de temas que apenas han sido tratados en nuestra bibliografía. Tal es el caso de uno de sus excelentes libros *Dramaturgias de la imagen* (1994), texto muy importante para situar la eclosión de propuestas de búsqueda en la escena más reciente.

Varias cosas hay además que agradecerle con la publicación de este libro que reseñamos, *La escena moderna*. En primer lugar la oportunidad de contrastar las variadas miradas, estrategias, teorías y métodos que los artistas escénicos de la renovación europea mantuvieron a lo largo de gran parte del siglo XX. En segundo lugar, su propia introducción un largo texto que ya de por sí merecería todo un análisis específico —en la que ya encontramos muchas pistas para adentrarnos en esa profunda selva de teorías—, tantas veces contradictorias que plantean los grandes artistas teatrales del siglo. En tercer lugar el acierto —fruto, sin duda, de una profunda investigación— de cómo ha diseñado y situado los diferentes movimientos a través de los capítulos del libro:

1. Luz, espacio, movimiento.
2. Teatro y Administración.
3. El modelo alemán.
4. Teatro y revolución: la escena rusa.
5. Reformadores del Arte Dramático.
6. Teatro español.

Así como una amplia bibliografía y un índice de nombres que nos permite adentrarnos en el creador que nos interesa con suma facilidad.

Este volumen pertenece a lo que para mí podría entenderse como “libros de cabecera”, dado que su amplísima información necesita ser asimilada con un cierto tiempo e, incluso con una determinada reflexión sobre cada uno de los escritos, manifiestos o proclamas contenidos en el libro. En tiempos de penuria creativa como

Por Guillermo Heras



**La escena moderna.
Manifiestos y textos
sobre teatro
de la época
de las vanguardias**

Edición:
José A. Sánchez
Ediciones Akal, S.A.
(1999)

atraviesa la Europa actual, más de una lección de ética y estética se entresaca de la lectura de estos textos.

Es de agradecer también dos cosas importantes. En esta edición, José A. Sánchez no se ha olvidado de los renovadores españoles, y así aparecen textos de Adriá Gual, Ramón Pérez de Ayala, Valle Inclán, Cipriano Rivas Cheriff, García Lorca o Max Aub, que vienen a desmentir a las claras aquella mitología que sostiene que en el teatro español del siglo XX apenas ha habido pensamiento y teoría escénica. Si es cierto que ha prevalecido la pragmática del escenario, y que para muchos profesionales del medio “pensar el teatro” les parece un acto de “intelectuales”, y por tanto, ajeno al “*tabloski*”, en palabras de una actriz que descalificaba con ese nombre despectivo la filosofía de un Stanislavski o un Grotowski, haciendo gala que lo único importante es la acción sobre las tablas y no el pensamiento que mueve a esa acción.

Curiosamente ahora apenas ni hay ese debate, parece que bastante hacemos con sobrevivir. Pero volviendo al meollo de este punto, podemos y debemos afirmar que en la España del siglo XX ha habido muchos creadores, y estudiosos, que han mantenido la importancia de la teoría teatral en su amplísimo campo de intervención (la actuación, la dirección de escena, la gestión, la escenografía, e incluso la semiótica de los signos escénicos).

La otra cuestión que también me gustaría destacar de este libro es que el profesor Sánchez no se limita a publicar los textos teóricos de los grandes nombres que ya conocíamos suficientemente (Gordon Craig, Piscator, Brecht, Artaud, Meyerhold, Copeau, Vajtangov, Schelemmer), sino que introduce manifiestos que me han sorprendido por su absoluta modernidad, y por tanto actualidad en el debate de nuestro

momento creativo. Entre esos “extraños”, o para mí desconocidos hasta la lectura de este libro estarían los nombres de: Frederick Kiesler y su escrito *Debaque del teatro. Las leyes de la caja escénica* (1924), Nicolai Ojlopkov y su *Interacción creativa* (1949) o Hugo Ball con *La huída del tiempo* (1927). Pero la verdad es que apenas conocíamos —en general— textos de Félix Emmel, Ivan Goll, Lothar Schreyer, Robert Edmon Jones o Loie Fuller.

Sería importante reseñar como el propio título del libro ya señala un periodo histórico muy concreto, el de la modernidad. Por ello la última fecha de un manifiesto publicado ronda la frontera de los años 50. A partir de aquí muchas cosas van a suceder, la aparición del teatro del absurdo, será como un punto de inflexión hacia ese terreno, aún no suficientemente estudiado, codificado y valorado en su justa medida, que es la postmodernidad. Espero y deseo que muy pronto, José A. Sánchez nos regale con una edición de textos y manifiestos de esta segunda parte del siglo XX, tan apasionante y rica en esas búsquedas como las de los pioneros anteriores. De ese modo se completaría la geografía de un periodo apasionante para la renovación de las Artes Escénicas: el siglo XX. Siglo en el que se cuestionan todos los cánones anteriores y en donde el riesgo, la aventura de la experimentación y la investigación, el deseo de situar al teatro como una arte de su tiempo y no como algo de la “memoria del pasado”, como un espacio capaz de superar los estrechos límites del naturalismo, y donde junto a Aristóteles puedan pasear otras figuras del pensamiento como Marx, Freud, Einstein o Foucault, cuya influencia, latente o manifiesta, estuvo a la orden del día.

En estos manifiestos de la era moderna vemos también como “política y teatro”, o si quiere “teatro y sociedad”, fueron una de las obsesiones permanentes, incluso de



COLECCION LAS PUERTAS DEL DRAMA
Encuadernar sus revistas utilizando las grapas omega

la vanguardia más feroz. Frente a un cierto autismo actual de ciertos “transgresores de salón”, las voces de gran parte de las figuras de la primera parte del siglo sueñan con una escena revolucionaria tanto en la manera de realizarla, como en el modo de comunicarse con los espectadores. Algunos lo consiguieron, otros murieron en la desesperación o la locura, pero siempre sostuvieron una pasión que quizás vemos hoy alejada de los escenarios habituales.

En gran parte de los escritos aparecen reflexiones y obsesiones que aún guardan una curiosa actualidad, aunque ya hayan pasado desde su enunciación un montón de años: el papel del director de escena en el entramado teatral, la dialéctica texto/representación, la contaminación de la práctica teatral con otras artes, la relación entre los diferentes oficios de la práctica escénica, la influencia del cine sobre el teatro, las diferentes escuelas del arte del actor, el compromiso del teatro con la sociedad de su tiempo, la necesidad de enmarcar las Artes Escénicas en el territorio de la contemporaneidad, la crisis del “viejo teatro” en sus diferentes apartados: creación, producción y

exhibición, la necesidad de nuevas herramientas para el análisis y reflexión sobre los espectáculos o, algo tan importante como el lugar de cocreador que debe ocupar el espectador moderno en la contemplación de un espectáculo. Como podemos apreciar un catálogo de temas de rabiosa relación con el presente y con el futuro.

Para acabar estas líneas me gustaría citar unos párrafos de uno de los textos seleccionados por el profesor Sánchez en el libro, el correspondiente a Max Aub en su “Fragmento del prólogo a *La guerra*” (1935)... y es obvio que después del 11 de septiembre y con lo que está cayendo sobre las tierras de Afganistán, pueden tener un eco de inusitada actualidad. Aub estaba escribiendo su texto en la antesala de una cruel guerra civil. Nosotros ahora estamos en medio de dos fundamentalismos extremos que impiden el pensamiento complejo como arma de reflexión. Contra la ortodoxia de todo tipo es donde la creación de los creadores teatrales debería levantar su bandera y, en ese compromiso el legado de nuestros antepasados que vierten sus ideas en este libro es toda una lección. Vayamos a Max Aub. ■

**Fragmento de *La escena moderna*.
Manifiestos y textos sobre teatro de la época de las vanguardias,
de José A. Sánchez**

Nosotros no concebimos el teatro de una época sino como medio para transformar esa época. Es imposible suponer cuando llegará a su cenit esta manera de enfocar los problemas. Todo el mundo dice que estamos en una época de transición, en una época de escombros. Descombrar en historia quiere decir apisonar las bases de la tradición. Todo lo caótico tiende a resolverse por sus propios cánones en utilidad y belleza. Lo que buscamos en lo nuevo es una nueva expresión de lo antiguo; que los que buscan lo desconocido no hacen más que buscarse a sí mismos, sin encontrarse: buscan excitaciones probablemente deseables subjetivamente, inútiles a los demás. El que se pone a escribir sin saber lo que va a hacer no se llama escritor, sino vago. Nuestro tiempo no es el de los vagos.

¿Cuál es el tiempo para los que escribimos ahora? ■